

Cooperar y coordinar con Cristo en Su ministerio celestial para ser Sus vencedores a fin de participar en Su mover actual y final, el cual lleva a cabo Su economía

Lectura bíblica: Mt. 6:6, 19-20; 13:43; 16:18; 14:22-23; 24:14; 26:7; Ap. 8:3-6; 19:7-9

- I. El cumplimiento de la profecía del Señor concerniente a la edificación de Su iglesia, o sea, la preparación de Su novia, será lo que propicie Su retorno; hoy es el tiempo en que el Señor hará cumplir Su profecía por medio de los vencedores, los cuales cooperan y coordinan con Cristo en Su ministerio celestial a fin de participar en Su mover actual y final—Mt. 16:18; Ap. 19:7-9; Mt. 24:14.**
- II. Para llegar a ser los vencedores del Señor, tenemos que amar al Señor y aprovechar toda oportunidad para amarlo—26:6-13:**
 - A. Amar al Señor con lo mejor que tenemos requiere que dediquemos tiempo a contemplarle, a escuchar Su palabra y a recibir revelación concerniente a Su persona; los vencedores han recibido la revelación más elevada de Cristo y se ofrecen voluntariamente al Señor en el esplendor de su consagración—Sal. 110:3.
 - B. María se sentó a los pies del Señor y prestaba atención a Su palabra; habiendo escuchado y recibido la palabra y revelación del Señor concerniente a Su muerte, María buscó la oportunidad de unirlo antes de que Él muriese—Lc. 10:38-42; Mt. 26:1-2, 12; cfr. 16:21; 17:22-23; 20:18-19.
 - C. El Señor prefiere que aquellos que Él salvó, le amen y estén atentos a Él (Lc. 10:39) a fin de conocer Su deseo, en lugar de hacer cosas para Él sin conocer Su voluntad—cfr. 1 S. 15:22; Ec. 5:1.
- III. A fin de participar en el mover final de Dios, tenemos que ser uno con el Cristo que intercede, el Cristo que ora, al cooperar con Él en los dos aspectos de la oración: la oración de comunión con Él a fin de que Él sea infundido en nuestro ser y la oración de intercesión que realizamos con Él para que se lleve a cabo Su administración divina—Ap. 8:3-6:**
 - A. Nuestra oración de comunión con Dios hace que Dios mismo sea infundido en nuestro ser de tal modo que resplandezcamos con Dios, irradiemos a Dios y Dios mismo fluya de nuestro ser; tenemos que aprender del Señor mismo, nuestro modelo, a ser hombres de oración, a estar a solas con el Padre, en el monte, en oración—Mt. 14:22-23:
 1. El Señor hizo que los discípulos lo dejaran, a fin de tener más tiempo para orar en privado al Padre y así poder ser uno con Él y poder tener al Padre con Él en todo cuanto hiciera sobre la tierra con miras a establecer el reino de los cielos—Mr. 1:35; Lc. 5:16; 6:12.
 2. El Señor Jesús nos dijo que cuando oremos, debemos cerrar la puerta de nuestro aposento y orar en secreto al Padre, quien ve en lo secreto; si hacemos esto, percibiremos cuán íntimo es Él para nosotros y cuán cerca estamos de Él; en este tiempo tan íntimo y personal podemos acudir a Él a fin de comerle, beberle y disfrutarle—Mt. 6:6; Jn. 6:57; Is. 55:1-2; cfr. 57:20 y nota 1.
 3. En toda la tierra, la profesión más elevada a la que podemos dedicarnos es aquella que consiste en pasar tiempo con Dios para que Su mismo ser nos sea infundido de tal modo que irradiemos a Dios; nada es tan necesario entre los cristianos hoy como dedicar un determinado tiempo cada día para estar en la presencia del Señor a fin de recibir Su palabra por medio de toda oración—2 Co. 3:16—4:1; Éx. 33:11a; Ef. 6:17-18.
 4. Es necesario que ascendamos a un nivel más elevado, a una “alta montaña”, donde —separados de las multitudes— podamos estar con el Padre a solas y en secreto a fin

de tener íntima comunión con Él; entonces, podremos abrirle plenamente nuestro ser y, bajo el resplandor de Su presencia, confesar nuestros pecados, debilidades, errores, impedimentos y dificultades, a fin de recibir Su perdón y limpieza, de tal modo que nada se interponga entre nosotros y Él, y seamos llenos de luz a fin de irradiar a Dios—1 Jn. 1:5, 7, 9; Lc. 11:33-36.

- B. Nuestra oración de intercesión viene después de nuestra oración para tener comunión con Dios y se basa en ella; tenemos que ser uno con el Cristo que intercede, el cual es tipificado por el altar del incienso que está en el tabernáculo y constituye el centro desde el cual se ejecuta el gobierno de Dios sobre la tierra—Éx. 30:1-10; He. 7:25; Ap. 8:3-6:
1. La oración ofrecida en el altar del incienso, una oración ofrecida en Cristo y con Cristo como incienso, es lo que gobierna la impartición divina de la gracia e impulsa la ejecución de la administración divina; por tanto, esta oración gobierna el universo.
 2. La intercesión apropiada no es iniciada por el hombre, sino por la revelación de Dios; por tanto, dicha intercesión expresa el deseo de Dios y lleva a cabo la voluntad de Dios—Gn. 18:17, 20-21; 19:27-29; Sal. 27:4-8; He. 4:16; 7:25; Jac. 5:17.
 3. La intercesión es una conversación íntima con Dios en concordancia con la intención de Su corazón; para practicar esto debemos aprender a demorarnos en la presencia de Dios; la intercesión de Abraham por Lot no concluyó con lo dicho por Abraham, sino con las palabras de Dios, lo cual muestra que la verdadera intercesión se tiene cuando Dios habla valiéndose de nuestras palabras—Gn. 18:22-33; Ro. 8:26-27.
 4. La oración de intercesión no es una oración por nosotros mismos sino por la ejecución de la administración divina, por la impartición de la gracia suministradora de Dios y por el bienestar de las iglesias y los santos; tal oración es un incienso de olor fragante para Dios, pues ella cumple Su propósito, satisface Su deseo y trae deleite a Su corazón—Éx. 30:7; Ap. 8:3-4.

IV. A fin de participar en el mover final de Dios, tenemos que ofrendar en secreto nuestras posesiones materiales a fin de que Cristo, como simiente de vida, la realidad del evangelio del reino, sea sembrado y propagado; hacemos esto al dar —en el amor de Dios, con la bondad de Dios y por causa del evangelio de Dios— nuestro suministro material a la iglesia de Dios, a los santos de Dios que padecen necesidades, a los siervos de Dios que sirven a tiempo completo y a los pobres—Lc. 6:37-38; 1 Co. 16:1-2; Mt. 6:1-4, 19-20; 19:21; Hch. 11:29; Ro. 15:26; Fil. 1:5; 4:16-17; 3 Jn. 5-8:

- A. Aquellos que se han beneficiado en el Señor y han sido salvos por causa de nuestro uso apropiado del dinero como mayordomos prudentes que ofrendamos al Señor para la propagación de Su evangelio del reino, nos darán la bienvenida en los tabernáculos eternos en la era venidera del reino—Lc. 16:1-13.
- B. “Nosotros, los creyentes, debemos dar por lo menos un diez por ciento de nuestros ingresos al Señor según el principio antiguotestamentario. Además, debemos dar el cinco por ciento de nuestros ingresos para el sustento de los obreros que sirven a tiempo completo” (*The Way to Practice the Lord’s Present Move* [La manera de poner en práctica el mover presente del Señor], pág. 75)—cfr. Neh. 13:10-14.
- C. Tenemos que honrar y temer a Dios al traer todo el diezmo al alfolí (Mal. 3:7-12; Dt. 14:22-23); aunque lo dicho sobre los diezmos iba dirigido a los israelitas del Antiguo Testamento, en principio, esto también se aplica a los creyentes neotestamentarios—Mal. 3:10; cfr. He. 7:1-3; Mt. 23:23.
- D. Si fuésemos fieles para vivir centrados en la administración de Dios al atender a las necesidades monetarias y materiales, el recobro no padecería necesidades financieras—Lc. 6:38; Hch. 20:35; Mt. 6:1-4; cfr. *Estudio-vida de Lucas*, págs. 314-315.

V. A fin de participar en el mover final de Dios, tenemos que predicar el evangelio del reino de Dios a toda la tierra habitada —tanto a los incrédulos para su conversión a Cristo como a los creyentes para su crecimiento en Cristo— al anunciar las inescrutables riquezas de Cristo como el evangelio y al profetizar para la edificación de la iglesia como casa de Dios y reino de Dios—Mt. 24:14; Ro. 1:1; Ef. 3:8; 1 Co. 3:6; 14:4b, 31:

- A. El propósito único de Dios en esta era es hacer que el evangelio sea predicado para que la iglesia pueda ser edificada a fin de llevar la Nueva Jerusalén a su consumación; el evangelio del reino recalca el gobierno celestial de Dios y la autoridad del Señor—Ef. 3:8-11; Ro. 1:1; 1 Co. 9:27; cfr. Mt. 28:18-20.
- B. Los vencedores que predicán el evangelio del reino llegan a ser los “jinetes” del caballo blanco; su predicación del evangelio del reino es la señal más grande del final de esta era—Ap. 6:1-2; 19:11, 13-14.
- C. El recobro de la iglesia como casa de Dios y reino de Dios requiere vencedores que sean sacerdotes, reyes y profetas, a fin de propiciar el advenimiento de la era del reino—1 P. 2:5, 9; Ap. 1:6; 5:10; Ro. 5:17; 15:16; 1 Co. 14:1, 31:
 - 1. Un sacerdote está en contacto con Dios y es saturado con Dios a fin de ministrar a Dios mismo a las personas; un rey vive sujeto a la autoridad de Cristo como Cabeza a fin de reinar en la vida divina sobre Satanás, el pecado y la muerte; y un profeta tiene como elemento constitutivo de su ser la palabra viviente de Dios a fin de impartir revelación divina e infundir a Cristo en las personas mediante las palabras que hablan.
 - 2. Cuando vivimos como sacerdotes para hablar por Dios, para infundir a Cristo en las personas mediante las palabras que hablamos, somos profetas, y nuestro ministerio profético nos hace partícipes del reinado a fin de que prevalezcamos sobre todo el caos destructivo y triunfemos en la economía constructiva, la cual es única; “el que profetiza, edifica a la iglesia”—v. 4b.
 - 3. Entre las funciones que desempeñan los sacerdotes, los reyes y los profetas, la de los profetas es la más elevada, pues el ejercicio de estas tres funciones depende de la palabra de Dios; profetizar hace de uno un vencedor y es la función propia de los vencedores—v. 4b; Ap. 1:20; 2:1, 7; cfr. Mal. 3:1.
 - 4. Prohibir profetizar es un pecado delante de Dios—Am. 2:12b; 7:12-13, 16-17; Jer. 11:21-23; Nm. 11:29b; 1 Co. 14:31; 1 Ts. 5:20.
- D. Es necesario que recibamos la visión de la carretera amplia, del sol naciente y del futuro ilimitado del recobro del Señor, y que tomemos grandes resoluciones del corazón y realicemos gran escrutinio de corazón, a fin de ser personas que amen a Cristo y Su iglesia al máximo y que lleguemos a ser los vencedores, quienes, en la era del reino, resplandecen como el sol cuando sale en su esplendor—Jue. 5:15-16, 31; Pr. 4:18; Mt. 13:43.
- E. “¡Que el Señor nos inspire a participar de Su mover en Su recobro! ¡Quiera Él propagar la vida de iglesia a todo Europa, al Medio Oriente y a Jerusalén! ¡Tal vez un día tendremos una reunión de oración en el huerto de Getsemaní, el cual está ubicado al pie del monte de los Olivos, y oraremos al Señor con fervor pidiendo que Él regrese! ... Todos necesitamos disfrutar a Cristo y experimentarlo como el Cristo que ama a la iglesia. Puesto que nosotros también amamos a la iglesia, somos uno con Él para la extensión de Su recobro a todo el mundo, y de regreso a Jerusalén. ¡Cuánto ama Cristo a la iglesia! Él está en nosotros como el Cristo que ama a la iglesia. Su amor por la iglesia nos motiva a entregarnos absolutamente al recobro de la vida de iglesia” (*Estudio-vida de Efesios*, pág. 672).